

cerse inmediatamente contra estos actos, los borra luego, y desaparecen, reapareciendo en su lugar despues de mas ó menos tiempo, el síntoma que parecia hallarse estinguido.

El ligero extracto que acabo de presentar, así como lo que le antecede, podrá dar la medida exacta de la estima y valor que haya de concederse al método antipático ú paliativo de la escuela médica ordinaria, el que mas la satisface por los prontos, aunque tan pasajeros alivios que le proporciona, tan consolatorios como caros para los enfermos, que hasta que lo han experimentado, no saben lo que les espera de tormentas y contratiempos que sufrir, pasada aquella corta calma que están gozando.

CAPITULO XIV.

Del Eclectismo médico, ó método eclético.

Poco se necesita examinar este modo de proceder en medicina para conocer su ningun valor, y que no merece siquiera el nombre de método, pues consiste en no seguir ninguno, obrando sin regla y por puro capricho. La secta apellidada *eclética* parece que fué formada por algunos médicos antiguos, entre quienes Archigéno era el mas famoso. Todo el arte eclético se cifra en espinzar la medicina entresacando de todas las sectas médicas y las farmacopeas, aquellas opiniones y aquellos medicamentos que á los

ecléticos parecen los mejores, para hacer de ellos un cierto baturrillo, sin orden ni concierto, despreciando lo demas por inservible. Creen con esto hacer un gran servicio á la ciencia que disecan, separando sus partes mas de otras, á fin de tomar mas cómodamente lo bueno separado de lo malo, en cuya operacion pretenden que consiste el bello ideal del médico, aunque en realidad no sea mas que un continuo destruir sin jamás reedificar el edificio médico, privando á las partes que lo constituyen de la necesaria trabazon, y substrayendo algunas de ellas.

Pero aunque se les conceda de gracia el tacto esquivo elector de que blasonan para no equivocarse en la eleccion de lo bueno que ofrezca cada sistema y distinguirlo de lo malo, aun se les puede preguntar: ¿de dónde lo han recibido? Porque como dice Leon Simon (Lecc. de Homeop. pág. 203) si no es un instinto, será el resultado de la esperiencia y del grande arte de observacion, de que ningun médico grande ni chico se cree desposeido, y sin embargo, esta creencia no les exime de estarse contradiciendo unos á otros eternamente, declarando el uno en sumo grado nocivo, lo que otro proclama eminentemente provechoso, á este le contradice un tercero, desmentido en seguida por el cuarto, á quien niega la razon otro de nuevo y así sucesivamente. Lo peor es que todos se contradicen y ninguno sin razon.

Los ecléticos que conciben y esplican cada

uno de diverso modo el por qué y el cómo se produce la anémia, la hiperhemia, los atrofias é hipertrófias, están echando en cara á los sectarios de la irritacion los vicios de sus doctrinas; estos últimos por su parte hacen otro tanto con aquellos, y como ya he dicho, ni los reproches de los unos, ni los reproches de los otros, dejan de ser fundados; porque tan inconsecuente es crear hipoerémias esténica, asténica y cadavérica, como admitir enfermedades irritativas por falta de escitacion.

Con todo, su ponderado tacto elector tan esquisito yerra frecuentemente en la eleccion de lo que ha de tomar ó desechar de cada doctrina. Sin salir de la irritacion, se ve que el eclecticismo la concede mucho, admitiendo que los modificadores esternos como el aire, el alimento etc., tengan la propiedad de escitar desde el primer momento las membranas de relacion, con que se hallan en contacto; porque ninguna escitacion hay donde las cosas suceden conforme al estado normal: todo lo que alli se advierte es la vida que se despliega y no está en mas ni menos. Pero la prodigalidad con que aqui obsequia el eclecticismo á aquella doctrina, está bien contrapesada con lo mucho que le niega sentando que *la irritacion no puede considerarse mas que como una preparacion á la formacion de diversas lesiones orgánicas, de que no puede determinar ni la causa, ni la existencia.* (Andral comp. de Anat. patol. t. 1.º p. 6 y 7.) Contra esta opinion el hecho prueba que lo que se llama *Irritacion*, no solo prepara, sino que acompaña estas

lesiones orgánicas, y aun las sigue en todas sus phases.

A mas de que, cuando el eclecticismo dice: "que no importa determinar si tal, ó tal grupo de lesiones debe ó no referirse á lo que se llama una *inflamacion*, y que lo que interesa es el estudiar bien estas lesiones, tratar de remontarse á su causa, y penetrar su naturaleza (ibid. p. 10); no espresa mas que un deseo, ó una esperanza, que ni ha realizado, ni jamás realizará, y tiene bien poco de científico el formular un deseo semejante.

He tomado por objetos de comparacion á los dos grandes alópatas de nuestra época, Broussais y Andral, y si se comparan entre sí las doctrinas de cuantos precedieron á estos, se verá que acerca de un mismo hecho bien fijado, y de un mismo procedimiento bien determinado, resultan tantos pareceres contradictorios, cuantos médicos hablen de él, sin embargo de que todos se fundan, ó á lo menos lo aseguran así, en el resultado de la esperiencia y el grande *arte de observar*.

¿De qué criterio se servirá pues el eclético para acertar con la mejor de tantas opiniones diferentes? Si se atiende á la esperiencia personal, ni él, ni nosotros la juzgaremos de mas valor que la de aquellas celebridades médicas. Luego el eclecticismo no tiene mas pauta de conducta que el capricho para proceder á la eleccion de lo que cree bueno en cada doctrina, ni la tendrá hasta que la casualidad ó el genio le proporcionen una ley general terapéutica. Aunque queramos suponer que los

médicos eclécticos poseen un criterio ó regla cierta para no equivocarse en sus elecciones, por este solo hecho dejarían de ser eclécticos y tendrían una teoría peculiar para recoger los hechos esparcidos, sistematizarlos y reunirlos en un cuerpo de doctrina, lo que les conduciría al esclusivismo médico.

Lo cierto es que el eclecticismo aventura de continuo la aplicación puramente empírica de los procedimientos y de los agentes terapéuticos que á cada momento preconizan los folletos y las gacetas, cuya lectura les suministra casi todos los meses ideas ú opiniones extravagantes y contradictorias, que admiten ó rechazan sin otro tacto médico, que obedecer al primer capricho de la imaginación: todo lo cual viene á parar en un empirismo grosero, y ese tacto elector tan ponderado, en un tacto de ciego.

CAPITULO XV.

De las dosis infinteismales de la homeopatía.

El escollo, contra que mas frecuentemente se estrella la medianía de talentos médicos, es la pequenez de las dosis que la homeopatía emplea. Juzgando á esta sin exámen y sin tomar informes de la esperiencia, no hay duda que parece inverosímil que se puedan atacar victoriosamente las enfermedades con átomos medicinales invisibles. Mas si pensamos en ello, veremos que nuestra incredulidad viene del hábito tan antiguo de administrar

otras dosis mucho mayores, y que debe despreciar esta duda todo espíritu recto y vigoroso, que desoye las preocupaciones para escuchar solo lo que le diga la razón apoyada en los hechos.

Solamente en el cerebro de hombres los mas limitados y orgullosos, al mismo tiempo puede alojarse la idea de que en las ciencias todas, ya nada nos queda que adelantar, que todas han tocado su Zenith, mas arriba del cual ni hay ni puede haber progreso. Si se hubieran libertado de este error, tampoco hubieran caído en el de no conceder á la esfera de lo posible otros límites que los de su estrecho saber. *Quod non intelligo nego*, es su ordinario resuello, y una lógica tan detestable, no puede menos de inducirlos á juicios siniestros y absurdos, conduciéndolos á las mas extravagantes consecuencias. Si solo creyéramos posibles los fenómenos, cuyo por qué y modo de ejecución nos son conocidos, ¿dónde iría á dar nuestro escepticismo!... y si nos determináramos á obrar segun él... ¿de cuantos recursos, de cuantas utilidades no nos veríamos privados! Desde luego ni se sembraría ni tendríamos pan, porque ignorando el mecanismo y las leyes de la germinación, se debia concluir segun la misma lógica de su adopción, la imposibilidad de germinar los cereales. El piloto por la misma razón renunciaría á los servicios que á toda hora le presta la brújula, que segun el mismo modo de discurrir tendria por imposibles, no obstante el testimonio diario de su propia esperiencia, porque no comprende como se obran. Nadie debia